

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **El Madrid olímpico**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha Marzo 2005

El que salga a la carretera en un fin de semana, no debería tener miedo de nada.

Los riesgos asociados a los edificios son afortunadamente muy bajos (la causa más frecuente de muerte relacionada con la edificación son los resbalones en las bañeras) y de haber ocurrido el incendio en horas laborables, probablemente hubiera sido detectado y extinguido a tiempo y en todo caso habría sido posible desalojar el edificio sin daños personales, salvo los problemas que hubiera podido producir la inhalación de humos. Desde luego la estructura del edificio ha resistido mucho más tiempo del necesario para evacuar a los ocupantes.

No ha habido pues desgracias personales, que son las irreparables, y la repercusión de la catástrofe va a ser puramente económica, y no me refiero solo al coste obvio de la demolición y reconstrucción del edificio sino a lo que puede venir de la mano de apresuradas medidas administrativas para precaver accidentes similares, que si no impera la prudencia pueden imponer costes obligados muy superiores a los daños que intentar evitar.

En lo relativo a la seguridad de las personas no caben compromisos (salvo para algunos cuando se trata de vehículos a motor, claro) y todas las medidas que hagan segura la estancia en un edificio y su eventual evacuación son indiscutibles; pero cuando se trata de salvaguardar las propiedades hay que ser prudente a la hora de imponer condiciones.

Posiblemente la vía más natural para impulsar las medidas de seguridad frente a incendio en la edificación ya existente, es que las primas de las compañías de seguros tengan en cuenta la disminución o el agravamiento del riesgo, tanto por la medidas incorporadas al edificio como que las buenas prácticas de mantenimiento y el entrenamiento de personal y usuarios para afrontar situaciones de emergencia.

No es ocioso recordar al respecto que la modélica evacuación del Santiago Bernabeu por amenaza de bomba estuvo precedida de una buena media hora de trabajo del personal de seguridad para preparar de forma adecuada, precisa y sin obstáculos la salida del estadio a lo que colaboró tanto la excelente organización arquitectónica original como la de las posteriores adiciones.

El Madrid olímpico · El Mundo | marzo de 2005

Si sale el tema en un grupo de amigos, el comentario más frecuente es más o menos "lo que nos faltaba para el tráfico"; el entusiasmo ciudadano parece

brillar por su ausencia cuando si por algo merece la pena acoger una olimpiada (por ahora un madrileño diría "soportar" una olimpiada) es porque proporciona una ocasión de repensar la ciudad y reconciliarla con sus ciudadanos.

Es inevitable acordarse de Barcelona y aunque en Madrid no haya objetivos tan evidentes (los casos que encajan son evidentes pero alguien tiene que proponerlos) como construir la circunvalación (ya tenemos varias) ni abrir la ciudad al mar (queda algo lejos), explicar para que necesita la Olimpiada Madrid es aún una tarea pendiente y más difícil conforme pasan las fechas sin que se intente si quiera ligar las operaciones de transformación de la ciudad, ya en marcha, con el objetivo olímpico, bien es verdad que la apuesta a la carta olímpica de alguna controvertida y costosa operación de transformación, la dejaría peligrosamente huérfana de no lograrse la nominación.

En lo relativo a la arquitectura, me atrevo a decir (y conste que se trata de una impresión personal) que los arquitectos madrileños nos sentimos hasta ahora tan poco implicados con el empeño olímpico como el resto de la ciudadanía.

Está claro que no puede haber encargos para que todos podamos intervenir, pero es que no nos han dejado ni siquiera la opción de intentarlo; las principales instalaciones han sido objeto de encargos directos (con resultados tan poco distinguidos como el Palacio de Deportes de Goya) o de concursos restringidos fallados con nocturnidad por jurados sin garantía.

En consecuencia muy pocos han podido, no ya intervenir, sino siquiera proponer y en cuanto a los resultados compararé lo poco, por ser amable, que ha aparecido en las revistas de arquitectura con la explosión de planes y proyectos que acompañaron la candidatura de Barcelona.

Bien es verdad que a partir del cambio de Ayuntamiento las cosas han mejorado, pero el anterior responsable de la cosa olímpica, actuando con inusitada celeridad en vísperas electorales, dejó todo atado y bien atado en lo relativo a encargos de grandes instalaciones con los procedimientos más bien secretos propios de una operación inmobiliaria que con la ley y taquígrafos que requiere una transformación de la ciudad.

Si la candidatura prospera, el talante de Feliciano Mayoral y los compromisos adquiridos por el actual equipo gestor aseguran un devenir abierto y participativo, pero la arquitectura no ha tenido ocasión de ayudar en la gran medida en que hubiera podido a hacer posible la empresa.

En resumen, Madrid ha hecho sus deberes, ha presentado un proyecto solvente y bien armado que da fe del intenso trabajo realizado en los últimos dos años, remontando unos vicios de comienzo que han restado brillantez y apoyos a un proyecto que es ganador probable, pero hubiera podido y debido ser ganador indiscutible.

Los horrores de Madrid 2000-2005 | noviembre, 2005 – El País

Vaya por delante, para empezar, que escribo bajo pedido y que Madrid me parece una ciudad estupenda que sufre sobre todo el problema de la falta de cariño de sus habitantes, que a su vez tienen la impresión de que su voluntad pinta poco al lado de la de los grandes operadores inmobiliarios cuyo cariño por la ciudad está desde luego por demostrar y que preferiría cultivar el cariño del que nuestra ciudad está tan necesitada antes que denunciar horrores.

Puestas las gafas de encontrar horrores, el primero que aparece, y además como rasgo con aires de permanencia, es la doble y triple fila de coches aparcados, la falta de respeto a los vados peatonales, el caos circulatorio, la carga, la descarga y el comportamiento agresivo al volante de tantos de nuestros conciudadanos que junto a la estrechez de las aceras, llenas de agujeros, chirimbolos y postes de todo tipo hacen prácticamente imposible andar empujando un cochecito de niño salvo para dar vueltas a la manzana, y ello con dificultades.

Al horror cotidiano que supone salir a la calle en plan de peatón (en bicicleta es absolutamente imposible a poco que uno valore en algo su vida) y que parece instalarse como una característica permanente de Madrid, se suma el, esperemos transitorio, provocado por las incontables zanjas de las diversas compañías de servicios al que ahora se añaden las obras de la M 30 y de no sé cuantos túneles y que a poca publicidad que se haga pueden convertir Madrid en una meca turística para aquellos que buscan las emociones fuertes que la Travesía del Sahara ya no proporciona desde que existe el GPS (el sur de la M 30 deber ser el único lugar del globo terráqueo donde el GPS es incapaz de ofrecer orientaciones válidas).

La brutal transformación del viario madrileño, acometida sin el tiempo necesario para la reflexión y la maduración de un consenso social, y que es sólo posible en el plano económico gracias a la creatividad contable del Ayuntamiento, va a lastrar durante más de una generación la capacidad de inversión en otros proyectos de las sucesivas Administraciones Municipales.

No voy a eludir el capítulo de horrores relativos a la arquitectura y el trazado de la ciudad, que tiene unas peculiaridades que pueden entenderse mejor si se acomete un desesperante experimento que consiste en intentar dibujar o escribir viéndose la mano a través de un televisor que proporciona las imágenes con unos segundos de retraso; la irritación que produce el decalaje temporal entre la acción y la percepción del resultado, puede dar al que lo sufre una pálida idea de la zozobra de los políticos en lo relativo a la arquitectura y más aún las actuaciones urbanísticas; es un terreno en el que si hacen las cosas bien, sólo pueden inaugurar lo que decidieron sus antecesores en los cargos y aún haciéndolo mal y saltándose consensos y trámites pueden llegar muy raspados a la ceremonia de cortar la cinta de lo que inician.

La arquitectura y más aún las actuaciones sobre la ciudad requieren ideas claras, consenso social, asignación de recursos y tiempo; y aún prescindiendo, como se ha hecho con demasiada frecuencia, de los dos primeros ingredientes, las adiciones a la arquitectura madrileña del último quinquenio proceden, sin excepción, de decisiones de administraciones anteriores, y puede anotarse en el haber del Álvarez del Manzano que al menos tuvo la virtud de dejar Madrid al margen de la lluvia de carísimas cafeteras interplanetarias, obra de reputados colegas internacionales cuya creatividad no puede ser constreñida por algo tan vulgar como un presupuesto y que permitirán a tantas ciudades españolas comprobar en pocos años que las modas en arquitectura son cada vez más efímeras.

La arquitectura de Madrid ha sido siempre contenida y discreta y precisamente la sobriedad que la caracteriza hace que nuestros horrores arquitectónicos ni siquiera sean horrores esplendorosos.

Del Palacio de Deportes, que asoma su cutrez arquitectónica hasta casi el centro de la calle Goya, podrá decir, con verdad, nuestro actual Alcalde que no es culpa suya, que lo encargó el anterior Presidente de la Comunidad de Madrid.

Las calles desproporcionadas, desiertas, sin tiendas y con un portal cada cuatro manzanas de los PAUS, gestados bajo la égida del anterior Alcalde no producen horror sino desasosiego; bien es verdad que su monotonía se compensa con el estúpido edificio del agujero en Sanchinarro, excelente demostración de lo que puede hacer alguien (extranjero por supuesto) si se le libera de las trabas económicas y del cumplimiento de ordenanzas que evitan que los demás hagan tonterías.

Para terminar, no está demás recordar otro desafuero, iniciado antes del quinquenio y cuyos efectos empezarán a verse después (esto de la arquitectura y el urbanismo es así de lento):